



Capítulo 323 - Me convertiré en dios

"Me pregunto cómo terminé aquí", murmuró Vergil, con la voz ronca, casi sin fuerzas, mientras sentía el peso de las cadenas clavándose en cada fibra de su cuerpo. No eran metales comunes y corrientes... rugían como bestias vivientes, hechas de sombra líquida, deslizándose y apretándose con placer sádico alrededor de sus músculos, huesos y alma.

Abrió los ojos lentamente.

No había dolor físico -todavía no- pero un sentimiento de pesadez ancestral lo asfixiaba. Sus ojos, ahora adaptados a la oscuridad surrealista, revelaban un cielo teñido de rojo sangre, como si el firmamento mismo hubiera sido herido. Y debajo de él... flores.

Miles, millones de lirios araña rojos.

El campo onírico que siempre se le apareció en sus sueños más confusos e inquietantes, y que había visitado una vez, cuando cayó en el pozo de Viviane, todavía en su transición al diablo.

Pero ahora... no fue un sueño.

"Tardaste demasiado en despertar... esclavo." La voz venía de todos lados a la vez: baja, silbante, casi suave, como una serpiente susurrando al oído de un hombre al borde de la cordura. Vergil sintió que las cadenas se apretaban en respuesta a la provocación de la voz, crujiendo como si se estuvieran riendo de él.





No tardó mucho en entenderlo.

"Me maldijiste, ¿no?" Dijo que la ira rebosaba en su tono, a pesar de que su postura estaba torcida, encorvada, como la de un animal herido. "Lo planeaste desde el principio, desde nuestra primera reunión..."

El silencio que siguió no trajo paz... sólo un escalofrío, como si el mundo entero contuviera la respiración.

Entonces apareció.

Con pasos suaves y las manos cruzadas a la espalda, un hombre apareció frente a Virgilio. Su kimono chino revoloteaba ligeramente en el viento irreal de ese avión etéreo. No se ven huesos. Sin cráneo.

Esta vez tenía cara.

Y el rostro era humano. Demasiado humano.

Piel pálida, rasgos finos, ojos tan oscuros que parecían agujeros en la realidad. No había ninguna sonrisa. Sin arrogancia. Sólo una mirada: antigua, insondable, despiadada.

Se giró para enfrentarse a Vergil con una calma que sonaba como un insulto.

"Hm. Es un poco tarde para darse cuenta, ¿no crees? dijo, su voz ahora con forma y peso. "Pero supongo que esta lentitud se hereda de tu... lado gentil."

Vergil lo miró a través de los mechones de cabello sudorosos y la sangre que goteaba de su frente. Por primera vez vio el Espectro de verdad.





"Tienes muchas agallas", gruñó Virgilio entre dientes apretados, con todo su cuerpo tensándose en inútil resistencia contra las cadenas que ahora parecían parte de su propia carne, incrustadas en su mente como raíces negras. Su voz era profunda, casi gutural, rebosante de odio y frustración.

Pero los bonos no cedieron. Al contrario... se apretaron, como si se alimentaran de su ira.

"¿Coraje?" El Espectro se repitió con un tono casi divertido. "El coraje es relativo, especialmente cuando estás en mi posición"

Se detuvo nuevamente frente a Virgilio, mirándolo con los ojos brillando con un destello sádico, casi estudioso. El aire que lo rodeaba parecía apelmazarlo y curvar el espacio. No había calor ni frío, sólo ese silencio previo a la tormenta, donde la realidad misma contenía la respiración.

—Pero debo admitirlo... —continuó levantando ligeramente la ceja. "Realmente pensé que sería imposible maldecirte. Has sobrevivido a dos maldiciones de muerte, has fragmentado tu alma y has resucitado de las cenizas más de una vez. Un caso... fascinante."

Vergil no respondió. Su mirada era asesina, pero impotente.

"Afortunadamente, bajaste la guardia." El Espectro sonrió, no una sonrisa humana, sino un estiramiento de labios que transmitía puro deleite depredador.

"Cuando ese subordinado tuyo se tragó el cuerpo del Papa, pensé que ese era el final del plan. Necesitaba un receptáculo con energía sagrada... y él lo destruyó." Dio un breve suspiro teatral, como si alguien se arrepintiera de





haber derramado vino. "Pero luego, durante nuestra pelea, me di cuenta de algo. Tu espada."

Inclinó la cabeza como alguien que aprecia una obra de arte incomprendida.

-Yamato, ¿no? Hecho de tu alma. Y entonces todo tuvo sentido."

Comenzó a caminar en círculos alrededor de Virgilio, como un lobo alrededor de un ciervo herido.

"En ese momento casi arrebaté a Viviane de las manos de los vivos, no pensé mucho en ti. Sólo una distracción molesta. Pero cuando investigué más... Me di cuenta de que tu espada había absorbido parte de mí cada vez que matabas a uno de mis clones"

Virgilio intentó negarlo, pero las palabras resonaron como verdades demasiado profundas para ignorarlas.

"Mi maldición era un parásito silencioso. Cada golpe que me diste fue un mordisco en tu alma. Un fragmento tras otro."

Se detuvo de nuevo, esta vez detrás de Virgilio, inclinándose cerca de su oreja como un verdugo murmurando la sentencia.

"Te maldijiste... con cada victoria."

Un silencio brutal cayó sobre el campo de lirios araña, como si incluso las flores ensangrentadas tuvieran miedo de respirar.

Virgilio se estremeció. No por dolor. Pero de la verdad.





—Y lo mejor de todo... —susurró Spectro con un deleite casi sensual—, ni siquiera pensaste que te podían maldecir. Porque en el fondo pensabas que eras invencible."

El Espectro permaneció en silencio por un momento, con los ojos fijos en las cadenas negras que sujetaban a Virgilio al suelo de flores carmesí. Entonces su voz se deslizó como veneno suave:

¿Te acuerdas cuando hablé del cuerpo del Papa? Dio un paso adelante y el sonido de sus sandalias en la tierra pareció resonar a kilómetros de distancia. "No fue sólo el cuerpo. Era la energía divina que transportaba. "Un catalizador perfecto para completar mi ritual"

Vergil apretó los dientes y el sudor goteó por su frente. Estaba empezando a comprender hacia dónde iba esto y odiaba cada segundo.

"Pero, por supuesto...", continuó el Espectro, como si le contara una historia a un niño: "Tu mascota idiota se tragó el cadáver. Ese plan murió allí. O eso pensé."

Se agachó frente a Virgilio, con los ojos fijos en sus espadas como heladas.

"Fue cuando peleé contigo... que me di cuenta." Señaló con un ligero movimiento de su barbilla. "Tu espada. Yamato. Ella no sólo cortó el espacio o el alma. Ella... cantó."

Vergil no lo entendió de inmediato. Entonces el Espectro sonrió torcidamente.

"Ese timbre...esa vibración. No fue demoníaco. "Era sagrado."





Los ojos de Virgilio se abrieron. Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

"Y entonces entendí." Su voz se convirtió en un susurro casi reverente. "Tu alma, Virgilio. Por mucho que te hayas arrojado a la oscuridad... no es del todo demoníaco. Es una fusión. Hay algo en ti. Algo arriba."

Se levantó lentamente, extendiendo los brazos como si invocara los cielos ensangrentados.

"Eres la paradoja perfecta. Un demonio con restos divinos. Y peor aún... un alma que todavía brilla bajo la capa de corrupción." Él se rió. "Eres todo lo que necesitaba. "Un barco más poderoso de lo que el Papa jamás podría ser."

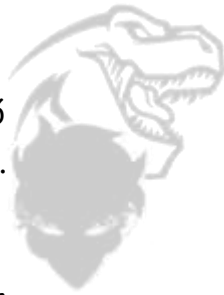
Las cadenas alrededor de Virgilio vibraron, como si estuvieran vivas. Sintió que algo ardía dentro de él. No fue ira. Fue... una vergüenza. Disgustar. Miedo.

"No necesitaba un cadáver. Necesitaba un recipiente capaz de contener ambos extremos: luz y oscuridad. Un ser que pudiera abrir el último velo entre los aviones y permitirme cruzar... como un dios."

El Espectro se giró y comenzó a alejarse, mirando al cielo.

"E irónicamente, fuiste tú quien me lo ofreció. Con tu confianza ciega. Con tu sed de sangre. Con tu arrogancia."

Finalmente se giró y sus ojos ardían como agujeros negros.





"Tú me creaste, Virgilio. Y ahora renaceré... dentro de ti." Dijo que agitando ese objeto del que Vergil había oído hablar, el Behelith. "Me convertiré en un dios gracias a ti."

...

El suelo tembló con una violencia no vista desde los días de la Primera Caída.

Paimon se tambaleó hacia una de las palancas de emergencia mientras los monitores en la sala de control comenzaban a explotar en chispas y humo. Las líneas de código se desvanecieron a rojo y las alarmas sonaron en todas las frecuencias.

"Esta no es una ruptura cualquiera... ¡el núcleo de contención... ha sido destruido!" Ella gritó con los ojos muy abiertos ante la lectura final: "NIVEL DE ENERGÍA DESCONOCIDO. COMPARACIÓN: NINGUNA."



Y entonces llegó la luz.

No fue una explosión, no fue magia: fue una luz dorada pura, cruda y absurda. Salió de la célula de Virgilio como una estrella que se eleva en el corazón del Inframundo. Un destello sagrado, denso, violento...y hermoso.

El suelo se hizo añicos. El techo de la prisión comenzó a desintegrarse en partículas brillantes. Las runas, los sellos, las cadenas y las barreras, todas las capas que lo mantenían unido, se rompieron como cristales ante el trueno.

Sepphirothy y Sapphire miraron la luz, inmóviles. No por respeto...sino por miedo.



Un miedo antiguo, arraigado no en el cuerpo, sino en el alma.

"Está... despertando." murmuró Sepphirothy, con la voz vacilante por un segundo. Incluso ella, que había enfrentado innumerables horrores, nunca había sentido algo así.

Zafiro apretó el puño con fuerza. Su garganta se secó. El calor de la luz dorada ardía como el juicio divino.

"No quiero hacer esto", dijo. La voz sonaba pequeña. Frágil.

"Yo tampoco." Sepphirothy respondió mirando hacia otro lado. "Pero si ha perdido el control... no nos enfrentaremos a Virgilio. "Estamos ante algo que no debería existir"

Se miraron fijamente el uno al otro. Guerrera y madre. General y reina. Dos entidades antiguas dudando por primera vez.

"Vamos a inmovilizarlo. Al menos inténtalo." Dijo Sepphirothy con pesar.

"¿Y si fracasamos?" -preguntó Zafiro, sacando ya su lanza negra de contención.

"Entonces... no tendremos elección..." Sepphirothy respondió. "No dejaré que nadie use el cuerpo de Mi Hijo"

